

PQ2220

D75

75

1882

Esta obra es propiedad de los Editores.



DIAS EN EL CAMPO

Ó SEA

PINTURA DE UNA BUENA FAMILIA.

DIA VEINTE Y DOS.

El lector no habrá olvidado que el sábio Filberto explicó á los niños Alejandro, Antonio, Eugenio y Carlos, una alegoría sobre el tiempo. Tambien se recordará que despues de haberles manifestado el fin moral de dicha alegoría, les prometió darles otra por escrito, para que los muchachos procurasen adivinar su sentido moral, escribiéndolo al márgen. Alejandro y sus amiguitos recibieron efectivamente del sábio Filberto, esta alegoría, sobre la cual trabajaron muy afanados bastante tiempo sin acertar á esplicarla. Mas ya por fin llegaron á conseguirla, y sabedor de ello su venerable abuelo, llaman-

do á los cuatro niños les dijo:—Ahora bien, queridos míos, hace bastante tiempo que os he dado una alegoría para que la explicáseis á vuestro modo. La habreis abandonado por vuestros estudios, ó no habeis podido comprender su sentido?—Oh! sí señor, contestó Alejandro; es cierto que hemos gastado ocho dias en descifrarla, pero al cabo hemos conseguido nuestro objeto.—Véamos pues la explicación, dijo Filberto, que aunque yo no la tengo por difícil, basta que os haya costado ocho dias de estudio, para queda estime.—Pero antes, abuelito, prosiguió Alejandro, quereis oír un pequeño apólogo que yo he compuesto esta mañana?—Le oiré con gusto.—Pues dice así:

EL VIAJERO QUE LLEGÓ Á VIEJO.

FABULA.

Cierto viajero joven, corpulento y robusto, tenia que atravesar de noche un bosque para pasar una gran ciudad. Dijéronle que aquel sitio era muy peligroso, y que haria muy mal en no llevar armas, puesto que no tenia escopeta ni pistolas, ni siquiera un simple baston,

Burlóse del aviso, y siguió su camino. Con todo, antes de internarse en el bosque lo pensó mejor, y se persuadió de que tenia razon el que le dió el consejo de las armas, pues en caso de que le atacasen no podria defenderse.—Si yo tuviera un garrote, dijo, á lo menos ya podria resistirme.

Y en esto, mirando á todos lados, divisó á poca distancia un arbolillo plantado sin duda la víspera, de cinco piés de altura á lo mas, y sin ninguna rama. El viajero se abalanza al pobre arbolillo, y comienza á nenearlo á uno y otro lado para arrancarlo de la tierra.—Qué haces? exclamó el arbolito con voz lastimera; si apenas he nacido, cómo quieres ya privarme de la existencia? mis raices comenzaban á estenderse por el suelo, y tú me impedirás que crezca, y que algun dia levante mi erguida copa á ese cielo, cuyo benéfico rocío me habia reanimado! Para qué serviré, si ahora me arrojas? Acaso para formar grupo en un haz de leña. Con que no seré mas que un triste palo, cuando pudiera llegar á ser un árbol muy frondoso? Amable viajero, consérvame, y Dios te lo recompensará.

Enternecido el viajero al oír la justa plegaria del arbolito, le dejó, hacinando junto á el para fortalecerle la tierra que habia empezado á remover, y siguió su camino confiado en su

fuerza, y en el amparo de la Providencia, si le salian al encuentro.

Razon tenia en esperar que nada le sucediese en el bosque. Pasólo con felicidad, llegó al pueblo, despachó sus negocios, volvióse á Paris, casóse, fué padre y abuelo. Llegado que hubo á una larga y dichosa ancianidad, adornada su cabeza de venerables canas y contando sesenta años bien cumplidos desde su primer viaje, con lo cual completaba ochenta y tres inviernos, tuvo que volver á la ciudad consabida. Púsose, pues, en camino apoyado en un fuerte y nudoso báculo, y hallándose en el campo contiguo al temible bosque, advirtió muy alborozado, que donde antes era madriguera de foragidos, habian edificado hermosas tiendas, quintas y diferentes granjas, con lo cual se habia desvanecido el terror que aquel paraje inspiraba en otros tiempos.

No obstante, como hiciese un calor excesivo, y el pobre viejo estuviese bañado en sudor, á la vez que se anunciaba una furiosa borrasca, se affigió en extremo. Comienzan á caer algunas gotas de agua... no tardan en desprenderse torrentes de lluvia, y el anciano medio muerto de calor y de cansancio, busca por todas partes donde guarecerse y solo encuentra un árbol corpulento, cuya poblada copa é inmensas ramas forman una techumbre impenetrable. Re-

fugióse, pues, debajo de este árbol, sentóse junto á su tronco, respiró, refrigeróse, y estaba viendo caer el agua sin que le tocase una sola gota.—Árbol hospitalario, exclamó lleno de agradecimiento, cuántas gracias te doy!...— Ahora conoces, le respondió el árbol, que ningún beneficio queda sin recompensa tarde ó temprano... ¡Te acuerdas cuando querias arrancarme haré unos sesenta años? Ah! yo era débil entonces; era un simple arbolillo; te supliqué que me dejaras la vida; tuviste esa generosidad, y hoy tengo la dicha de servirte de abrigo. Mi fuerza, mi corpulencia, mi copa respetable, todo, todo lo debo á tu compasion. No olvides, pues, que un simple ramo se hace árbol, y que el niño cortado en su aurora por la guadaña de la parca, hubiera sido tal vez un dia un hombre grande, el bienhechor de sus semejantes, y la lumbrera de su siglo. Léjos de destruir, amigo mio, respetemos la juventud en las obras de la naturaleza, porque llegará dia en que nos pagarán con réditos la utilidad, que siendo demasiado jóvenes, no pudieron tener para nosotros. Salve ¡oh venerable anciano! sigue tu jornada, regocíjate, acordándote que yo te debo los siglos que el cielo me destina de vida!...

Así habló el árbol hospitalario, y el anciano viajero le bendijo continuando su marcha,

Ved aquí mi apólogo, añadió Alejandro, despues de haberlo leído: qué os parece de él, abuelito?—Yo no sé que te diga, replicó el sábio Filberto, si tú has sido el autor, es cosa prodigiosa; porque con once años no mas...—Pues señor, yo creo que no es de lo mejor.—Es un poco largo, contestó Filberto y toda esa relación pudiera haberse encerrado en siete ú ocho líneas; hay algunas espresiones triviales; pero el fin moral es excelente, y por lo mismo dudo hayas escrito este apólogo sin ayuda de vecino. Apelo á tu ingenuidad.—Os protesto, abuelito, dijo Alejandro, que no he tomado consejo de nadie, y únicamente se lo he leído al maestro de la escuela, que me hizo corregir una que otra cosa.—Acabáramos... Yo bien decia que alguna mano mas ejercitada que la tuya habia limado tu estilo, sin embargo de que no es muy elevado. Pero, hijo mio, tu apólogo demuestra que sabes reflexionar, y como digo, me gusta mucho su moralidad; por lo cual te doy una sincera enhorabuena... pero véamos nuestra alegoría.—Sí señor. Voy á leeros primero el texto, y despues nuestra esplicacion.

EL RIO Y LOS ARROYOS.

Un rio caudaloso, ancho y profundo, llegó con el discurso del tiempo á formar una madre distinta de la que antes tenia, y sin abandonar la primera, desaguó en ella un riachuelo, del cual salian quince arroyos, que al principio serpenteaban errantes por la llanura, y entrándose por las mieses destruian con su invasion repentina la esperanza del afanado labrador. El riachuelo que debia toda su pureza y majestad al rio, aumentó con sus aguas el curso de los arroyuelos, obligándoles á que siguiesen un camino recto, á que se contuviesen dentro de arreglados lindes, y á que murmurasen con tranquilidad y sosiego por entre menudas guijas, hasta que derramando, cuando les llegase la vez, la superabundancia de sus aguas en otros canales, pudiesen dar origen á otros arroyos. En el dia los primeros, por lo cristalino de sus ondas, embelesan la vista del viajero, refrescan los amenos parajes de los contornos, humedecen el campo del labrador, fertilizan sus granos, y forman toda su esperanza, su placer y su consuelo. Pregúntase ahora, ¿qué significan el rio caudaloso, el riachuelo y los arroyos?

—Yo no sé si habremos acertado exclamó Alejandro, pero aquí está nuestra esplicacion. El rio ancho y profundo sois vos, abuelito, de

quien ha recibido la vida el autor de la nuestra: papá es el riachuelo de donde han salido quince arroyos; estos quince arroyos somos nosotros, porque diez hijos del señor Arleville y cinco sobrinos hacen quince, y como nosotros componemos cabalmente este número, ved aquí por donde hemos podido adivinar la alegoría. Continuemos: estos quince arroyuelos eran al principio algo traviosos, y corrían desenfrenados por la llanura, destruyendo las esperanzas del buen labrador, lo cual quiere decir, que siendo nosotros al principio demasiado jóvenes para arreglar nuestra razón, éramos unos loquillos que no sabíamos lo que hacíamos, y que como todos los muchachos maifestábamos mil defectos. Pero el riachuelo, es decir, nuestro buen padre, nos ha trazado una senda recta, nos dá una sábia educacion, cultiva nuestro entendimiento, y así nos irá guiando hasta que llegando á ser esposos y padres, podamos hacer otro tanto con otros arroyuelos, esto es, con otros niños; y en el dia, por medio de algun talento, y de algunas buenas prendas morales somos la esperanza de la posteridad, de la cual, andando el tiempo, nos esforzaremos por ser el ejemplo, el apoyo y la edificacion. No es esto abuelito?—Así es, queridos hijos míos, contestó el sábio Filberto; así es, sobre poco mas ó menos. Con todo, sin aplicar precisamente á nues-

tra familia esta alegoría, podemos generalizar su sentido, y sin hablar de mí, de vuestro padre y de vosotros, decir que un virtuoso padre de familias, que cuida de sus hijos como corresponde, ve á estos con el mayor gozo producir otros que crecen á su vista con juicio, talento y virtudes, llegando á ser un dia hombres bien quistos y útiles á la sociedad. Está muy bien explicado, amiguitos míos, y no podeis imaginar cuánto celebro lo que habeis trabajado con mi fabulilla, pues en esto me dais á entender, que vuestra razón es verdaderamente superior á vuestra edad. Abrazadme todos, y recibid esta prueba de mi estimacion y del paternal afecto que os profeso.

Hizo el sábio Filberto algunos regalillos á los cuatro muchachos; y tomándolos de la mano los llevó á sus padres, á quienes contó este suceso, añadiendo lo muy satisfecho que de ellos quedaba. La alegoría, esplicada por Alejandro, dió asunto para la conversacion de toda la Cartuja lo restante del dia.

DIA VEINTITRES.

Era la hora del mediodía: parte de nuestros muchachos está mirando desde una azotea el camino real por donde venian dos sillas de posta, una á la derecha y otra á la izquierda, y ambas al parecer con direccion á la Cartuja. Sin embargo, solo una entró en ella, y vieron apearse á un venerable anciano, que preguntó á los criados si el señor Arleville y su amada familia estaban en la quinta; y como le hubiesen contestado que sí, se adelantó el anciano hasta el salon, estrañando que al pronto no le conociesen. Dirigiéndose entonces al señor Arleville:—¡Por ventura, señor, le dijo, se habrán borrado de vuestra memoria mis facciones? Creo que sí; pero no es milagro, puesto que una sola vez he tenido la honra de veros en Paris con vuestro hijo Enrique. Acordáos que comi-

mos juntos en casa de nuestro procurador.— Ah! replicó Arleville, ¿sereis vos el señor Darcelan?—Muy servidor vuestro: tambien recordareis, que habiéndoos entonces referido los principios de un pleito singular que promovieron contra mí dos mozalvetes, os prometí que cuando fuese sentencia o, me tomaria la libertad de venir á Roseville á informaros de su buen ó mal éxito; y como vuestra generosidad y el interés con que mirábais mi asunto me alentaron á ello, vengo ahora, como veis, á cumplir mi palabra.—Me haceis en ello el mayor favor. ¿No rodaba el pleito sobre una cantidad de cuatrocientos mil reales, que os pedian á un mismo tiempo dos diferentes sugetos en fuerza de un solo recibo?—Cabalmente. Permitidme, pues, que os refiera la conclusion.— Pero antes descansareis...—No, no estoy cansado, y por lo mismo voy á referiros lo acaecido, seguro de que el éxito de mi pleito, que yo estaba muy léjos de prever entonces, ni vos lo adivinareis ahora, podrá exitar vuestro interés.

FIN DE UN PLEITO SINGULAR.

Supongo que no se os habrá olvidado que siendo dependiente del banquero Perard, de

cuya hija Eugenia estaba yo en extremo enamorado, y de la cual era del mismo modo correspondido, me fué preciso para conseguirla una suma de cuatrocientos mil reales, que su padre necesitaba. Tampoco se os habrá borrado de la memoria que pasé á Nantes esperando que un antiguo amigo de familia, que me dió con la puerta en los ojos, me presentaría dicha cantidad, y que á la vuelta de mi inútil jornada, consolado por los dos negociantes Beloc y Bombal, hallé los cuatrocientos mil reales en letras de cambio sobre la mesa de mi cuarto, con un billete, en el cual se me daba á entender que debía agradecerlos á la generosidad de uno de los dos, aunque ni uno ni otro se me descubría. Escribí aceleradamente un recibo, y se lo entregué al anciano Bombal por sospechar que él habia sido mi bienhechor. Me parece que nada de esto dejareis de tener presente; pues ved ahora las consecuencias.

Llegado que hube á Paris me casé con mi Eugenia, y he sido feliz con su amable compañía. Veinte y tres años corrieron sin recibir ninguna noticia del que me habia prestado aquella cantidad, hasta que por fin una mañana cierto jóven que se decia hijo de Beloc, vino á reclamarla, presentándome mi recibo: díjele que volviera dentro de ocho dias; al siguiente me presentó el mismo recibo el hijo de Bom-

bal pidiéndome tambien la misma suma, y entonces conocí que uno de los dos debia ser un gran petardista. Mas cuál de ellos? Tal vez lo serian entrambos... Hé aquí mi primera sospecha. Tratélos de impostores, citáronme ante la justicia, y me defendí con todo empeño.

Mis dos contrarios, que con efecto han perdido sus á padres, son los que dicen ser, el uno hijo de Beloc y el otro de Bombal. Mi recibo, hallado entre los papeles de este último, ha pasado á manos de su hijo, el cual segun toda verosimilitud lo presta á su amigo para tentar dos medios de hacerme restituir, en caso de que uno se malogre, y esto me demuestra claramente que su causa es mala. Y á la verdad, ¿qué es lo que dice mi recibo?

“No hay duda que de vuestra mano he recibido los cuatrocientos mil reales que acabo de hallar sobre la mesa de mi cuarto. Quiera el cielo que os encuentre algun dia para entregaros esta cantidad á la cual debo mi existencia, y lo que es mas precioso, el objeto de todos mis votos, mi Eugenia!—*Darcelan.*”

Estas son las propias espresiones del famoso recibo, en el que ni nombro á Beloc ni á Bombal, aunque reconozco demasiado tarde que anduve poco reflexivo en ello. Sea lo que fuere, como mi conciencia y mi honor no me permitian negar un servicio tan señalado, confesé

sin rebozo ante los jueces, que hallándome en tal meson entre el camino de Nantes á Paris, ví una mañana al despertar, la referida suma en letras de cambio, colocadas en mi cartera, que estaba sobre la mesa; que sospeché que uno de los dos ancianos Beloc, ó Bombal, me habian hecho este favor tan precioso entonces para mí; que sin embargo, cuando quise hablarles de ello, y darles las gracias que merecian, se mantuvieron en la negativa; y en fin, que despues nunca supe su paradero. Estos son los hechos. Parece una cosa muy pasmosa el que en un siglo do egoismo y de rapacidad como el nuestro, un extraño hubiese dado á otro, que solo conoce por compañero de viaje, una cantidad tan considerable como la de cuatrocientos mil reales; pero todavia crece la admiracion si se reflexiona que este bienhechor no confiesa con ingenuidad en una conversacion familiar el acto heróico que acaba de ejercer, y que rehusa aceptar de manos del favorecido un recibo indeterminado que le pone en disposicion de recobrar aquel dinero con el tiempo, sin perjudicar la herencia de su hijo, cuando dicho favorecido consiga con aquellos fondos una fortuna honrada. Es sumamente raro encontrar un corazon tan noble y generoso... Y si uno de los dos ancianos ha hecho este favor, es preciso que lo sepa el otro, atendiendo á la es-

trecha intimidad con que se tratan... Y el otro niega igualmente! y ambos á dos parece que se maravillan cuando el favorecido les da las gracias, y quiere entregarles el recibo.

Cada uno de mis colitigantes apoya su derecho en estas razones, con corta diferencia. Mi padre era bondadoso, sensible y amigo de hacer bien; observó que un jóven desesperado acababa de cargar sus pistolas con ánimo de quitarse la vida, acudió á socorrerlo, aunque sin darse á conocer, por una excesiva generosidad. Constituido mi padre en artículo de muerte me participa el inapreciable sacrificio que ha hecho en favor de un extranjero: entrégame el recibo de Darcelan, y al fin me encarga que exija una justa restitucion de un hombre que en la actualidad está bastante rico.—Bien! pero Darcelan no ha firmado dos recibos.—Yo ignoro cuáles son las pretensiones de mi compañero.

Confúndense los jueces, atenta mi declaracion y haber confesado que debia los cuatrocientos mil reales á uno de los dos padres; y viendo yo esto, intento valerme de otro medio en audiencia plena, y separada de cada una de las partes.—Cuando vuestro padre viajaba conmigo, dije, iba solo. No llevaba secretario ni criado, y por consiguiente debió haber escrito él mismo el billete que hallé junto á la cartera ya citada. Pido al tribunal que se busque a]gun

papel escrito del puño y letra de los dos viejos, y que se confronte con la del billete, de lo cual resultará que la que sea conforme con ella, decidirá la cuestión.

Pareció muy justa mi solicitud á los jueces y al punto se les intimó á mis contrarios presentasen algún escrito de sus padres. Turbáronse, dijeron que no tenían ninguno, y esta negativa degeneró en sospecha contra ellos. A fuerza de diligencias pude hallar entre algunos comerciantes varias cartas y otros documentos firmados por Beloc y Bombal, siendo de advertir que la letra del uno era tan semejante á la del otro, que fué preciso recurrir á nombramiento de peritos. Pretendieron entonces los contrarios que sus padres se habrían valido para escribir el referido billete de una mano estraña... —Nosotros no estábamos allí, y por otra parte, no era posible acordarnos de esa circunstancia, por ser demasiado tiernos: además, nuestros padres no nos dijeron nunca que hubiesen dejado ese billete al lado de la cartera, y probablemente es suplantado el que ahora se presenta. Sin duda ha sido forjado por orden de la parte contraria, para enredar á la justicia. Lo único á que debe atender el tribunal, es á los dos recibos, que son de mas importancia que el billete, y la artificiosa declaración que ha dado

de que solo es deudor á uno de nuestros padres. Pero en fin, que pague á uno de nosotros y el otro hará el sacrificio de renunciar á su derecho.

Entretanto, el negocio caminaba con lentitud, y los supuestos acreedores no las tenían todas consigo, previendo las funestas consecuencias que podrían seguirseles. Por lo mismo, insistieron en que pagase yo los cuatrocientos mil reales y se dividiese esta suma por iguales partes entre los dos. No desagradó al tribunal su proposición; y yo que con esto hallaba un arbitrio para desempeñar mi crédito, dándoseme muy poco el saber á punto fijo á que manos pasaría la tal cantidad, convine en ello, siempre que se me devolviesen los recibos. Señalóse día para confirmar este arreglo, y ya estaba resignado contra este golpe de la suerte, cuando una circunstancia inesperada cambió del todo el aspecto de este pleito singular, dándosele un curso muy diferente. Prestadme ahora vuestra atención, señores, pues ya he llegado á lo mas interesante.

Acostumbrado despues de mucho tiempo á manejar mis negocios sin comunicarlos con mi esposa, la cual por otra parte no dudaba de mi honradez, actividad y juicio, tenía además poderosos motivos para ocultarla este pleito con mas cuidado que otro cualquiera, por no afligirla con la memoria de los obstáculos que en

otro tiempo estuvieron á punto de impedir nuestra suspirada union. No hay duda que mi tierna Eugenia me hubiera dicho:—Amado Darcelan ¡cuántas penas te he causado! Cuántos cuidados te causo todavia!... Y en mi casa entraria la tristeza que era lo que yo deseaba evitar. Por este motivo no la decia una palabra del pleito que me traia agitado y ella ignoraba que se me hubiese promovido un litigio por la restitucion de los famosos cuatrocientos mil reales á cuyo poderoso influjo debia yo su mano y mi felicidad.

La mañana misma del dia de mi fallo, entró casualmente mi esposa en mi despacho para comunicarme un asunto doméstico; y viéndome ocupado en contar dinero y al mismo tiempo pálido, demudado y lleno de turbacion, me preguntó con tanta ternura y dolor la causa de mi pena, que no pude menos de exclamar:—¡Oh adorada Eugenia mia! sabe que hoy mismo voy á restituir la cantidad que me ha proporcionado la dicha de ser tu esposo.—¿Qué suma? preguntó muy admirada.—Los cuatrocientos mil reales que me prestaron hace veinte y tres años en el camino de Nantes.—Cielo! y á quién debes restituirla?—A los hijos de los que me hicieron el préstamo; me la reclaman por medio de un pleito.—Sus hijos! Ah! eson son unos impostores!—Sí, el uno de ellos, es al menos un

insigne bribon; yo así lo creo tambien.—Pues yo digo que lo son entrambos.—Cómo entrambos! No es posible...—Querido esposo, ni Belloc ni Bombal te han prestado esa cantidad. Ella se te dió á tí en donacion para toda la vida. Perdóname que te haya ocultado hasta ahora ese misterio, pero no me estaba á bien alabarme de la felicidad que yo misma he proporcionado á mi esposo.—Tú! habrias proporcionado esa suma?... Pero si nada tenias, querida Eugenia, cómo seria posible?...—Ya lo sabrás todo. Quiero ir á la audiencia contigo, y verás como confundo la impostura, ilustro á los jueces, y hago que conserves la cantidad que preparabas para esos malvados.—Pero Eugenia... y las pruebas?—Las tengo... En fin, no te pido mas que una hora para disponerme. Corre á la audiencia, prepara el ánimo de los jueces para que me oigan, y vete sin cuidado.

Retiróse dicho esto llena de alegría. El candor, el noble orgullo de salvar á su esposo de las manos de la maldad brillaban en su rostro, y parecia que la animaba un soplo divino. Me dirijo á la audiencia donde hallo á mis dos contrarios llenos de alegría esperando la suma que iban á introducir en sus bolsillos. Divertíme un rato á su cuenta, y procuré ganar tiempo hasta que llegase mi esposa.

—Señores magistrados! exclama ella con fir-

meza al entrar en la sala. Vengo á denunciaros á estos dos impostores (señalando á mis dos contrarios). Sabed que ni Beloc ni Bombal prestaron jamás á mi esposo el dinero que ahora le reclaman: yo, yo he sido la que tuvo la dicha de proporcionarle esa cantidad. Dignáos oirme. Como mi padre hubiese apreciado mi mano en cuatrocientos mil reales, el pobre Darcelan, confiado en una loca esperanza, partió volando á Nantes. Sola y entregada á mi amargo dolor tomé un partido violento, pero que me proporcionaba el logro de mis deseos. Vendí mis joyas y obtuve por ellas cuatrocientos ochenta mil reales. Revelo mi secreto á un criado de toda mi confianza, y llena de impaciencia le digo:—Corre, vuela en seguimiento de Darcelan, y en cualquiera parte donde le hallares procura obligarle á que acepte esta cantidad que te entrego, sin decirle quien se la envía. Esos ochenta mil reales son para tí, pues ya no quiero nada, nada despues de haber trabajado en nuestra comun felicidad. Parte sin dilacion el criado, encuentra á Darcelan en una posada, sabe la repulsa que ha sufrido, y su desesperacion, y halla el ingenioso arbitrio de que reciba la cantidad exigida por mi padre, como si vin ese de mano de uno de sus dos compañeros de viaje. Ved aquí la verdad, jueces: ved ahora las pruebas. Presentáos amigos.

Entraron dicho esto en el salon de audiencia las personas que habian acompañado á mi esposa y el fiel criado.—Aquí teneis, prosiguió Eugenia, al comprador de las joyas, estos registros de su libro de caja y mi recibo acreditan las operaciones respectivas... Este hombre es el criado que fué siguiendo á Darcelan, que introdujo en su cartera con todo secreto los cuatrocientos mil reales en letras de cambio, y en fin, el mismo que escribió el billete que acompañaba á la cartera. Podrá el tribunal si quiere, hacerle escribir cualquiera cosa para confrontar las letras. Aquí teneis tambien el recibo del cambista con quien contrató para librar la mencionada cantidad... y últimamente, ahí está el mesonero en cuya posada se albergaron mi marido y los dos ancianos. Este hombre se halla actualmente establecido en Paris y por eso he podido buscarle esta mañana. Él declarará que reconoce á mi criado; que estuvo en su meson tal dia y á tal hora, y que fué el que le dió parte de la sorpresa que queria causar al viajero Darcelan. ¿Quereis todavia mas pruebas para confundir á estos dos perversos?...

Los jueces llenos de asombro y de admiracion hacen declarar al comprador de las joyas, al criado y al mesonero: todo resulta probado, y mis dos pícaros, demudados y confusos, confiesan llenos de vergüenza, haber hallado mi

recibo entre los papeles del anciano Bombal, y que desde luego pensaron en sacar un buen partido de este hallazgo, no obstante que sus padres les habian referido mas de una vez el suceso de Darcelan, protestándoles que ninguno de los dos habia tenido la dicha de socorrer á este amante desesperado.

Así finalizó este pleito, señor Arleville; los malvados quedaron libres con algunos días de cárcel; y yo vuelto á mi asilo, estreché tiernamente entre mis brazos á mi adorada Eugenia, que me hubiera ahorrado tanto enredo si antes la hubiese descubierto yo el secreto de mi pleito.

Calló Darcelan, y todos se pusieron á discurrir sobre la noble conducta de su esposa. Tributaron mil elogios á su honrado proceder, á su discrecion y á la noble firmeza con que se presentó á los jueces; y el señor Arleville despues de dar las gracias al señor Darcelan por su atencion en venir á comunicarle un suceso tan extraordinario, le rogó que pasase algunos dias en la Cartuja, lo cual aceptó muy agradecido.

DIA VEINTICUATRO.

Pasébase Cipriano cierto dia con Enrique, Teodoro, Clara, Elisa, etc., y recayó la conversacion sobre la felicidad que gustaban, y el sagrado vínculo que une á los hermanos.—Sabeis, decia Cipriano, que no hay amigos mas verdaderos que los hermanos y hermanas, criados juntos desde la infancia? Entre ellos nada oculta el corazon; se disimulan los defectos, se profesan un eterno cariño; y finalmente, así como participan en comun de los beneficios de un buen padre, llegando á grandes, los bienes de los hermanos deben comunicarse igualmente.—Eso es lo que sucede siempre, replicó Teodoro, pues las leyes distribuyen entre los hermanos por iguales partes la herencia de sus padres.—No es eso lo que yo quiero decir, contestó Cipriano. Lo que yo entiendo es, que cuando uno de